

**ENTREVISTA CON EDUARDO MORA CASTELLANOS.
LAS REVISTAS: NUEVAS VETAS PARA
LA FORMACIÓN AMBIENTAL ALTERNATIVA**

*Yanina Pizarro Méndez**

Fecha de recepción: 06/01/2016

Fecha de aceptación: 17/02/2016

Resumen: Revistas ambientales para qué, parece ser la premisa central de la entrevista realizada al Dr. Eduardo Mora Castellanos, quien fungió como editor de las exitosas revistas *Ambientales* –ahora nuevamente designada con el título *Revista de Ciencias Ambientales*– y la popular *Ambientico*. Las preguntas y confesiones de las páginas que siguen presentan en parte la evolución de la educación ambiental en la Universidad Nacional de Costa Rica (UNA) y los paralelismos con la cimentación de revistas especializadas que fungieron como generadoras de conocimiento de personal docente, estudiantes y una ciudadanía deseosa de entender el porqué de las problemáticas ambientales nacionales y, sobre todo, de las posibles propuestas académicas para optar por una necesaria resiliencia ambiental.

Palabras clave: Educación ambiental, publicación científica, publicación educacional, Eduardo Mora Castellanos, Costa Rica, Universidad Nacional.

Abstract: “Environmental journals, for what?” seems to be the main premise of the interview to Dr. Eduardo Mora Castellanos, former editor of successful journals such as *Ambientales* –today known as *Revista de Ciencias Ambientales*–, and the popular *Ambientico*. Questions and confessions in the following pages present the evolution of environmental education at the National University of Costa Rica, and the parallelisms with the foundation of specialized journals that were knowledge builders of university professors, students and citizens wishing to understand the causes of national environmental issues, and, especially, possible academic proposals in order to choose a needed environmental resilience.

Keywords: environmental education, scientific publications, educational publications, Eduardo Mora Castellanos, Costa Rica, Universidad Nacional.

Reseña biográfica de Eduardo Mora

El 8 de octubre de 2015, en una entrevista realizada en San Pedro de Montes de Oca, el Dr. Eduardo Mora Castellanos nos cuenta que nació en un San José distinto, justo a la mitad de los años cincuenta. Su padre, del mismo nombre, fue figura reconocida de la bancada comunista, al igual que su tío, el emblemático Manuel Mora Valverde, fundador del Partido Comunista de Costa Rica; quien, nos cuenta, fungió como padre adoptivo de su progenitor.

* Costarricense. Máster en Historia. Profesora e investigadora de la Escuela de Historia y la Maestría en Historia Aplicada, Universidad Nacional de Costa Rica (UNA). Investigadora del Observatorio de Historia Agroecológica y Ambiental de la UNA. Correo electrónico: yanpist@gmail.com

Según narra, creció mientras tomaba mayor apogeo la Guerra Fría, persistía la persecución política hacia los grupos perdedores de 1948 y se consolidaba el proyecto político del Partido Vanguardia Popular. Sin muchos ingresos, no más que los que recibía su madre que no era profesional, creció en un San José que se encontraba exquisitamente conectado con los servicios necesarios. Como bien dice: "... yo viví como a tres o cuatro cuadras al sur del Teatro Nacional, exactamente en la calle tres, en el mero centro de San José –una ciudad muy armónica hasta la década del setenta–; recuerdo que entre los niños que jugaban conmigo en la acera yo proclamaba ser comunista, por lo que era común que emplearan el término comunistilla, para despreciativamente referirse a mí, pues pesaba mucho aquel contexto de Guerra Fría. ... Sin duda, vocablos de desagrado de un carajillo mucho más pequeño que ellos, que tenía el arrojo de decirles, yo soy eso, y, además soy ateo. Justamente para marcar más las distancias ideológicas, paliadas por los juegos...". Así, en la medida en que se sentía un marginal ideológico, en un barrio donde vivían algunos ricos, otros pobres y una que otra clase media, se formó su personalidad.

Hacia la década de 1970, terminó sus estudios en sociología, aunque había querido forjar carrera en la filosofía y la psicología. Sin embargo, influenciado por su primo Roberto Castellanos, quien había crecido en un turbulento El Salvador, y en los ochenta asesinado por paramilitares, tomó la resolución de estudiar una de las disciplinas madres de las ciencias sociales. La intrépida decisión llegaba fruto de un rico contexto intelectual de la disciplina, pues a principios de 1970 la existencia de la Escuela de Sociología Centroamericana, la gran talla de profesores latinoamericanos como Edelberto Torres-Rivas y, especialmente, chilenos marxistas como Patricio León, Óscar Cuellar y otros tantos, se convirtieron en su herramienta teórica para instruirse y buscar respuesta a las grandes inquietudes sociales del orden existente.

Perspectivas: *Es intolerable no preguntarle, ¿por qué llega el sociólogo Eduardo Mora a ser parte del equipo de trabajo de la Escuela de Ciencias Ambientales?*

Eduardo Mora Castellanos: En la década de 1970 en la Escuela de Ciencias Ambientales de la Universidad Nacional de Costa Rica (UNA), la férrea concepción de investigación naturalista se fue suavizando de la mano de académicas en la Escuela como Rodia Romero

y Charles Schnell –un estadounidense– que en su conjunto sintieron la necesidad de incorporar especialistas de las ciencias sociales para tratar de comprender las problemáticas ambientales desde una perspectiva multidisciplinaria, o bien, desde la bancada de varias disciplinas articuladas, como ya funcionaba en otras partes del mundo. En ese contexto entraron a trabajar profesionales en sociología, en planificación social y en geografía social. A pesar de que gente como Mario Boza, no lo veía de ese modo, pues era gente más conservadora, sin hablar mal de este último, porque es de los fundadores de los parques nacionales aquí junto con otras grandes personas, pues pensaban que eso era muy izquierdista o ese elemento crítico del medio ambiente –que aporta la gente de ciencias sociales– que ellos no tenían tanto interés en explotar.

Para precisarte el tiempo, te estoy hablando de que eso ocurrió en el año 1979 o 1980, yo estaba realmente joven, tal vez tenía aproximadamente veintidós años, y después de casarme, buscaba trabajo. A pesar de que ya tenía algún espacio laboral –dando clases de sociología en la Universidad de Costa Rica (UCR) en la sede regional de Liberia y también impartía clases de sociología de la salud en la sede de San Pedro– la UNA me ofreció tiempo completo. En este momento, no recuerdo si entré yo primero o lo hice con otros dos sociólogos rurales, que al final, terminamos siendo tres ¡claro ellos están pensionados hace mucho tiempo!

En aquel tiempo en ejercicio, recuerdo hubo tensiones entre naturistas y socioambientalistas con respecto al enfoque de estudio de aquella problemática ambiental. Sin embargo, no se discutía de forma tajante la importancia o negativa de la existencia de personal de sociología o no, pues la gente de ciencias sociales habíamos calzado bien en las líneas de investigación emergentes. Claro que hubo gente que veía como una amenaza nuestras críticas, entendidas muchas veces como una exacerbación izquierdista.

P: *¿Cómo su perfil de investigador lo catapultó a convertirse en el director y editor de la Revista de Ciencias Ambientales y Ambientico y cómo siguieron las revistas en la Escuela de Ciencias Ambientales?*

E.M.C.: La *Revista de Ciencias Ambientales* fue fundada en 1980 y no fue una creación de una sola persona, pues seguro fue en una Asamblea de Escuela o un Consejo Académico,

donde se decidió crearla. No sé bien eso porque en tal momento yo estaba en México realizando mis estudios de maestría. Pero entre 1980 y 1996 solo salieron doce números de esa revista, que era semestral, y muchos de estos números eran dobles, o sea, dos números en un solo volumen o edición. En 1996, quien era el director de Ciencias Ambientales, Rodia Romero, vio que yo era un editor relativamente eficiente por lo menos en el medio universitario y en este país, donde no hay personal editor, y me pidió que yo dirigiera y editara la *Revista de Ciencias Ambientales*.

Esa revista, cuando yo la tomé, tenía el formato de revista científica: su tamaño era como el de un libro, tenía secciones compuestas por reseñas bibliográficas, resultados de investigación con títulos kilométricos y un diseño que cansaba al lector. Cada número contaba con un conjunto de personal académico que fungía como revisor, que muchas veces rechazaba a los autores y sus creaciones, razón por la cual salía muy poco.

Como respuesta a la anterior situación, en mi dirección me esforcé por cambiar dos aspectos clave: que la revista saliera cada semestre, efectiva y religiosamente, y que su diseño fuera más atractivo para el público. Rápidamente logré que la revista saliera semestralmente y, por su evidente funcionalidad, el Fondo de la Universidad Nacional (FUNA) –luego sustituido por FUNDAUNA– nos empezó a financiar cada edición, y empezamos a hacerla en imprentas ajenas a la UNA, para poder cumplir efectivamente con la semestralidad y mejorar aspectos técnicos.

El formato de revista científica se fue modificando hasta convertirse en una revista híbrida que albergaba artículos científicos aligerados con ilustraciones y diseño gráfico. Así, terminó siendo una revista *de pensamiento* y le varié el nombre a *Ambientales*, porque pensé que quitándole la palabra *Ciencias* le quitaría algo de pesadez. Por eso la nueva versión tuvo un tamaño de revista de quiosco, con una portada atractiva y fresca, títulos cortos y fotos cada tres o dos páginas. También incluimos artículos basados en fuentes secundarias y ensayos, para llegarle a un público más amplio, pues pensamos que una revista estrictamente científica, en un medio universitario como el nuestro, donde ya hay tantas, nos impedía acceder a muchos públicos importantes necesitados de información y análisis de lo ambiental.

Pero hace unos tres años, considerando las apetencias de muchos académicos de la Escuela de Ambientales y de otras unidades académicas de la UNA, volvimos a llamar *Ciencias Ambientales* a la revista. Durante varias ediciones siguió siendo “temática”, o sea, cada edición dedicada a un tema para el que se invitaba a especialistas a escribir. Pero, por sugerencias del personal académico de la Escuela, la volvimos a no temática, como en sus remotos inicios; es decir, cada edición recoge artículos sobre temas variados. Además, para tener a la revista indexada en LATINDEX, también empezamos a cumplir con los requisitos exigidos por esa base de datos –encabezados más extensos, inclusión de fecha de recepción del artículo y de aprobación, etc.–... Esto porque nos dimos cuenta de que autoras y autores universitarios que quieren ascender en Carrera Académica mandan sus artículos a revistas indexadas, pues, al ser publicados por estas, los artículos ganan más puntaje en la evaluación que hacen los cuerpos revisores de Carrera Académica. Y al no estar nuestra revista indexada estábamos quizás perdiendo buenos materiales. El giro dado por la revista puede decirse que es un giro a sus orígenes, en cuanto a tener un formato, e incluso carácter, de revista estrictamente científica, y ya no *de pensamiento*. Sin embargo, aún no se sabe si estos cambios sean del agrado de la gente no “cientifista”, pero estoy consciente que la Escuela de Ciencias Ambientales lo requería.

Curiosamente, el Fondo de Pesca y Vida Silvestre del gobierno norteamericano, que fue quien financió desde el inicio la Maestría en Manejo de Vida Silvestre, que hoy es Icomvis, empezó a financiar la revista *Ambientales* cuando le pusimos este nombre y la hacíamos ver como una revista *de pensamiento*, de pensamiento ambiental, por supuesto. La iniciativa de financiarnos fue de ese Fondo, nosotros no pedimos nada; y esa fuente de ingreso hizo innecesarios los aportes del FUNA ya mencionados. Pero en la administración de Bush padre hubo recortes presupuestarios en el campo de lo ambiental y nos dejaron sin financiamiento. Sin embargo, habíamos logrado ahorrar tanto que todavía en este momento tenemos como tres mil dólares. Dejamos de hacer la revista en imprentas externas a la UNA y volvimos a esta, en tiempos en que ya se hacían mejor las cosas en el Departamento de Publicaciones.

Ambientico, que es una revista que podemos denominar *para-científica*, nació en 1992 en el seno de un proyecto de investigación en el que participábamos un grupo

académico numeroso. El equipo se desintegró poco después y, aparentemente, el único interesado en editar la revista era yo, y quedó en mis manos como desde la tercera o cuarta edición. Empezó siendo trimestral y luego de tres números se hizo mensual. Así, el análisis de problemas ambientales y la inclusión de propuestas concretas de cómo encararlos, se convirtió en la especialidad de ella, tomando como base investigaciones rápidas y también estudios fundamentados en fuentes secundarias. Luego, por sugerencia de un colaborador, impusimos un límite a la extensión de cada artículo –2.000 palabras–. Desde el principio, el objetivo fundamental de la revista fue generar insumos para la discusión, el análisis y la interpretación de la problemática ambiental nacional de parte de personal académico, funcionarios y funcionarias gubernamentales competentes, activistas de organizaciones no gubernamentales y estudiantes de universidades; y luego también se involucró profesorado y estudiantes de secundaria, y público en general.

Esa revista encarnó o representó una forma particular de educación ambiental, hacia un público más amplio, que sabemos que existe, pues nos han llegado cartas haciéndonos saber que nos conocen y aprecian. Sin duda, el que hace algunos años pusiéramos *Ambientico* en Facebook, sin una previa campaña publicitaria, nos ha hecho merecedores de unas mil seiscientas visitas mensuales y unos mil quinientos suscriptores. Además, tenemos un sitio web, que funge como principal instrumento de divulgación.

Lo antes dicho nos ha hecho pensar que, si bien es cierto, las revistas científicas están perfiladas para desarrollar educación ambiental, dependiendo del formato y la capacidad de presentar los contenidos, pueden también, de rebote, ser proveedoras de información ambiental a un público mucho más amplio que el meta, tomando como base discusiones académicas y resultados de investigación que, al mismo tiempo, engrosan el acervo de conocimiento de la comunidad científica y la ciudadanía.

P: *Ahora que usted explica con lujos y detalles la evolución de las revistas Ciencias Ambientales y Ambientico y, sobre todo, su funcionalidad, uno empieza a reflexionar en la interrogante: ¿Cómo ha sido la educación ambiental de Costa Rica y de qué forma las revistas han contribuido a la formación de una ciudadanía crítica y analítica de la realidad ambiental local?*

E.M.C.: Dentro del contexto nacional, la Escuela de Ciencias Ambientales –que nació en 1974– fue pionera en esas materias, pues desde 1975 inició un bachillerato de Educación Ambiental dirigido a docentes en ejercicio, con un enfoque en el que las ciencias sociales ocupaban un lugar destacado, pues se proponía interpretar y educar a partir de problemáticas ambientales. La estrategia que se aplicaba apuntaba a que el personal docente del Ministerio de Educación Pública (MEP), una vez con las destrezas y conocimientos necesarios, fungieran como formador ambiental en territorios rurales como Guanacaste o el Pacífico Sur. Toda esa actividad académica estaba asociada a lo que se discutía y planteaba poco antes de la conferencia de la Organización de Naciones Unidas (ONU), realizada en Tbilisi –Unión Soviética– en 1977, donde se dictaron líneas fuertes para hacer educación ambiental en el mundo.

Para la *Revista de Ciencias Ambientales*, la educación ambiental nunca fue un objetivo, sino un subproducto, algo que se logra sin perseguirlo. Y se logra porque muchos educadores y educadoras se nutren de ella para hacer sus clases. *Ambientico* sí tiene como uno de sus objetivos hacer educación ambiental, aunque de una forma poco rigurosa; esta revista, como he dicho, da al público análisis fresco de problemas ambientales nacionales y propuestas sobre cómo enfrentarlos en un sentido crítico y amplio.

Yo supongo que lo que hacemos desde las revistas es una especie de formación ambiental, tal como lo concibe Enrique Leff, excoordinador de la Red de Formación Ambiental para América Latina y el Caribe, perteneciente al Programa de Naciones Unidas para el Medio Ambiente. Sí, *formación* porque de lo que se trata es de formar a la gente en el tema ambiental, sin desarrollar un plan educativo formal ante un público o una comunidad específica, simplemente dando productos y facilitando el acceso al conocimiento. Porque, si en algo nos pulimos, es en que cada volumen analice desde varias ópticas las problemáticas y preocupaciones de la comunidad ambientalista, eso sí, evitando juicios coléricos, sino privilegiando las aseveraciones argumentadas con base en hechos.

P: *Formatos, percepciones propias y nuevos enfoques de formación ambiental parecen estar detrás del diseño tan atractivo de las revistas; pero, ¿de dónde vino ese acervo de ingenio y conocimiento?*

E.M.C.: Bueno, hay que distinguir entre lo que quise hacer y lo que hice finalmente, y tal vez, yo no sea el más indicado para decir cuál es realmente mi sello. Hay algo que quise y que más o menos se logró. Primero la buena redacción de los artículos, especialmente, que estuvieran gramáticamente bien planteados, que fuesen potables, legibles y que, sobre todo, dieran gusto al dar la vuelta a la página al no estar repletos de texto; pues a veces los artículos son sobre materias oscuras y las páginas no debieran ser visualmente áridas o secas. En fin, un montón de cosas que para cualquiera parecen ser tonterías, las fui puliendo con el tiempo para conseguir los objetivos planteados.

Para ello yo escribí las normas a las que los autores debían ajustarse, en aspectos tan simples como el buen uso de la negrita, el subrayado, los títulos con cierta longitud, el tamaño de los resúmenes. Y asumí personalmente la corrección de estilo y las enmiendas filológicas. Solo cuando se dio el giro nuevamente hacia la *Revista de Ciencias Ambientales* –en las últimas cuatro ediciones, o sea, en los últimos dos años– yo dejé de hacer la corrección de estilo.

Un esfuerzo grande fue en diseño y edición en general, que se refleja principalmente en *Ambientico...* Me ha dado muchas veces placer ver ediciones en las que texto e imágenes de acoplan muy bien, estimulando la atención del lector.

No ajeno a lo anterior, fue convocar a aquellos autores, científicos o profesionales que creíamos competentes para una infinidad de temas. Gente que nos ha colaborado desde lo que ellos, sin hacerlo consciente, constituyen: una consolidada plataforma en la que se apoyan las revistas; personas que colaboran porque saben que en las revistas se hace trabajo serio, periódico y donde no se permiten los insultos, sino se procura la expresión razonada y mesurada. ¿Cómo hemos logrado hacer presión sobre los autores y autoras para mantenerles colaborando y lograr publicaciones efectivamente periódicas? Solo Rebeca –asistente– y yo lo sabemos.

Creo que si he dirigido con tino las dos revistas, esto, en gran parte, se debe a que desde muy joven fui lector empedernido de revistas. En la niñez empecé suscribiéndome a la mensual *Mecánica Popular*. En la juventud a *El Viejo Topo*, a *Ajo Blanco*, a *The Monthly Review...* que me parece era la que dirigía Paul Baran, y a otras. Después a *Claves de*

Razón Práctica, de Savater y Pradera, a *Letras Libres*, del mexicano Enrique Krauze –una revista sencillamente de primera en todas sus secciones, con unas plumas exquisitas–; últimamente leo revistas en línea como *El Estado Mental*... Viendo esta y las otras sé que yo no he hecho buenas revistas, sino que mi mérito es haberlas mantenido por décadas con público [escaso]. Así que mi afición a leer revistas me permitió agarrar muchos volados y detallitos que pirateé porque me gustaban sus diseños gráficos, su estilo, a veces su línea editorial y otros aspectos.

Tal vez mi obsesión por la letra y la tenacidad que la gente me recalca nació de un par de datos biográficos: uno es la influencia de mi abuelo materno, un salvadoreño que trabajó en periodismo de prensa escrita y dirigió una o dos radios en El Salvador; luego, sin ser comunista, él se trasladó a La Habana en 1960 a dirigir el noticiero para América Latina de Radio Habana –en San José se le podía sintonizar–. Muchísimo antes de esto, cuando el dictador Maximiliano Hernández lo encarceló y mandó al exilio en México, mi abuelo trabajó con algunas editoriales, en una, no recuerdo si la que hacía la enciclopedia *Uthea* u otra famosa en la época, redactaba artículos para la enciclopedia. Otro dato es que mi papá fue director de los periódicos comunistas *Adelante* y *Libertad* y, como vivíamos cerca de la Imprenta Elena, donde esos semanarios se imprimían, recuerdo que él me llevaba de la mano a observar la elaboración de tales órganos. Por eso, no veo extraño que la gente me diga ¡Eduardo, no sé porque seguís con lo mismo toda la vida!

Tengo gran admiración por muchos editores de libros... por su buen criterio publicando a autores desconocidos convirtiéndolos en conocidos para bien de los lectores. Así, cada vez que llega a mí un texto, trato de ser como aquel gran editor que reescribió párrafos enteros del cuentista Reymond Carver, un gringo que murió hace pocos años de tanto beber licor, el mismo que escribió *De qué hablamos cuando hablamos de amor*... y esos párrafos reescritos por el editor son reconocidos como admirables por muchos críticos... Fijate que nadie sabe que los artículos que salen en las revistas no salen tal como me los mandaron, pues en Costa Rica muchos autores tienen grandes deficiencias en la escritura.

P: *Dejando un poco de lado las generalidades y buscando las concreciones, ¿cuál ha sido la aportación de las revistas a luchas y movimientos socioambientales en los últimos años?*

E.M.C.: Mirá, yo sé que hemos contribuido, más no sé en qué cuantía... uno no sabe cuánto es el alcance que ha tenido en la gente. A veces las personas se le acercan a decirle deliberadamente que les gusta una u otra edición; sin embargo, uno no sabe si ese criterio lo comparten las mayorías. Claro, algo tiene que haber causado y conmovido, pero en eso deseo ser cauto.

P: *Como especialista en el manejo de medios de comunicación alternativa, nos gustaría saber: ¿qué otros mecanismos de educación ambiental le faltan por explorar a la Universidad Nacional para generar mayor acceso a la ciudadanía costarricense del debate y la discusión desarrollada en corrillos universitarios?*

E.M.C.: Yo no tengo buen concepto de lo que se hace en la UNA. Por ejemplo, he visto ediciones de algunas de las revistas de nuestra institución en que el editorial consta de ¡tres breves párrafitos! Ahora, tres párrafitos podrían ser conceptualmente muy ricos, pero en esos casos que digo rotundamente no lo son, sino que consisten en indicar, en cada uno de ellos, cómo se titulan los artículos contenidos, cómo se llaman los autores y qué títulos tienen y, muy grosso modo, de qué tratan. Y punto. Eso es una ilustración del poco rigor de nuestras revistas. En las ferias del libro, la presencia de la EUNA se reduce a títulos muy inactivos. El recién entrado gabinete del rector se ha dado cuenta que los aparatos de difusión que se utilizan en la UNA han sido errados, y se planea elaborar otra revista desde la Vicerrectoría de Investigación con el objetivo de difundir lo que se hace en la UNA.

Sin duda, en las revistas nosotros hemos intentado difundir los contenidos mediante el sitio web, pues Edgar Montealegre, quien es el diseñador de publicaciones, sabe que tiene que hacerle algunos matariles finales en cuanto al diseño que va a imprenta y nos lo manda para colgarlo en nuestra página y en facebook. Claro, aprovechando que Publicaciones hace su trabajo sin algún costo extra, pues al inicio tuvimos un buen diseñador cuando sí teníamos plata, pero ahora, los nuevos diseños son de la oficina de Publicaciones de la UNA, que no procuran ser sofisticados, pero a pesar de ello, hacen un

buen trabajo. Y el sitio web –otrora realizado por estudiantes de informática, una pequeña contratación de un fotógrafo– que te estoy hablando, funciona con un servidor que nos ganamos en el FIDA.

P: *Para finalizar, ¿qué temáticas ambientales deben tratarse forzosamente en una futura agenda de discusión de la Universidad Nacional?*

E.M.C.: Lo que todo el mundo contesta es que el cambio climático ha redimensionado todos los problemas, porque realmente no es una dificultad que se viene a sumar a los que existen, sino que los redefine, ya el problema del bosque no es el mismo problema del bosque, porque ahora el cambio climático lo ha redefinido, al igual que el problema de la extinción de especies o de especies amenazadas.

Algunos problemas ambientales han sido bastante bien atacados, como el de los recursos marinos. Antes de ese problema, en los últimos veinte años, se atacó bastante bien el tema de la tala del bosque. Como que la deforestación se ha detenido, aunque sigue habiendo ilegal y más bien crecen pastos y algunos piñales se abandonan, y se deja que crezca el bosque secundario en esos lugares.

A mí me parece que la contaminación de aguas superficiales y subterráneas es importante, lo que a muchos nos preocupa es la expansión de la mancha urbana, es decir, que no hay una planificación y las empresas constructoras se expanden por donde les da la gana, y lo jodido de eso es que van tapando campos de cultivos, que hacen que se ponga más caliente la mancha urbana por el cemento. El problema de la planificación urbana, es decir que no la hay, es uno de los problemas que hay que atacar y que no se logra. Y la problemática generada por la planificación tiene que ver con el transporte y las largas distancias que tiene que hacer, cada quien, para poder llegar al *brete*, gastando gasolina, no llegando a tiempo, en fin, *jodiendo* todo, que hace poco salió en el editorial de *La Nación*, ese es un problema grave. Y también a la larga, le repercute en contaminación de agua, la dificultad para que el agua llovida se infiltre, que trae como consecuencia los desbordamientos de los ríos urbanos y las acequias, y el desastre le llega a la gente pobre, que vive en las laderas de esas acequias, que en invierno, las trombas de agua se llevan sus

chozas y sus cosas, y es porque la marcha urbana hace que el agua no se pueda infiltrar, y los aguaceros caen en los caños, alcantarillas, y caen en las acequias y vive el descalabro.

Creo que el asunto de planificación de aguas debe suponer una mejor planificación urbana y lo que está más atrás, el cambio climático, que potencia, cada uno de los problemas.